**ALGUNOS ARTÍCULOS Y TEXTOS ESCOGIDOS DE OBRAS DE JULIÁN MARÍAS SOBRE EL TEMA DE LA XI OLIMPIADA "LIBERTAD VS. SEGURIDAD"**

**LA LIBERTAD EN JUEGO (Espasa-Calpe, Madrid 1986)**

Pág. 19 LA VIDA COMO LIBERTAD "Hay una amenaza contra la libertad... Se descompone en dos variedades... La primera es la vieja táctica de negar la libertad existente. Cuando en un país se puede hacer lo que se quiere -al menos dentro de la ley-, se dice -ejerciendo la libertad- que no hay libertad. Se anuncia, por ejemplo, una publicación "subterránea" (*underground*), que se puede publicar a la luz del día, porque no hay censura; o se fundan asociaciones clandestinas que no tienen más que manifestarse para gozar de todos los derechos.

Pág. 20 La segunda variedad consiste en *desanimar* de la libertad. Dar por supuesto que está mediatizada, o amenazada, o que todo es "como siempre"; convencer a los ciudadanos de que "no vale la pena", porque a lo sumo se trata de "libertades formales" y no de las otras (es decir, aquellas que no se consiguen más que cuendo se han eliminado todas las libertades "formales", aquellas que *informan* una sociedad y crean el ámbito para todas las demás, incluso la de pedir que las haya...

Porque no puede pensarse que la libertad es un espacio vacío: es el lugar en que se realiza esa proyección múltiple, esa imaginación concreta, circunstancias, en que consiste la vida como libertad.

Es el núcleo de la actitud de Cervantes, para quien ninguna otra manera de vivir tenía sentido ni valor. Cervantes, que escribió estos dos versos, siempre olvidados, que podrían ser la consigna de los españoles.

 *Y he de llevar mi libertad en peso*

 *sobre los propios hombros de mi gusto.*"

Pág. 55 **¿POR QUÉ SE PIERDE LA LIBERTAD?** Cuando la libertad se deteriora en un régimen libre, parece que el peligro consiste en que los que *abusan* de la ibertad, los que la usan en provecho propio y la monopolizan, terminen por anularla y acabar con ella. Este peligro existe, ciertamente, y no es flojo. Pero no es el mayor, ni el más temible.

 El más grave es la amenaza contraria a la libertad, externa al sistema, aunque interna al país, acabe por triunfar e imponerse. ¿Por qué? Porque se llegue a una situación en que los individuos y los grupos sociales se sienten incómodos, porque tengan la impresión de no ser tenidos en cuenta, de no gozar de plenos derechos, de ser desdeñados, quizá hostigados. Cuando ocurre esto, no se respira con holgura, la atención no se concentra en los proyectos de cada cual, sino que una parte de ella se dedica a prever o temer alguna agresión.

La sociedad entonces no siente con decisión y firmeza que *hay que defender la libertad*, porque no está muy segura de que la haya o vaya a seguir habiéndola. Se pregunta si vale la pena, y la invade una extraña apatía. Se desliza la insidiosa especie de que, ya que se está incómodo, conviene cambiar de postura o impedir que las cosas lleguen a ponerse peor. Y esto -que todavía es un error- es fomentado y aprovechado por los que se van a beneficiar de ello.

Pág. 56 En un estado adecuado de libertad, la sociedad tiene suficiente vitalidad y fuerza para eliminar cualquier intento de suprimirla. Tiene que "enfermar" primero la libertad -o ser maltratada y herida por sus custodios- para que la ofensiva contra ella pueda prosperar... Se podría trazar un mapa político del mundo, en que se coloreasen de diferente modo las naciones que han conservado su libertad y aquellas otras en que no permanece, y un examen atento revelaría que ese mapa era solo de la superficie, y que esa división se corresponde con otra más honda, según la capacidad de las sociedades para no dejarse manipular, para afirmar con energía sus propias libertades. Siempre hay que contar -otra cosa es utopía- con la existencia de grupos que pretenden dominar y sojuzgar al país, lo mismo que hay quienes se proponen despojar a los demás de sus bienes, y entre ellos del de la vida. Lo que importa es la creencia de que la libertad, la propiedad o la vida tienen valor, y por tanto merecen ser defendidas."

Pág. 73 **LA LIBERTAD EN REGRESIÓN**: "Siempre he creído que si la democracia no está inspirada por el liberalismo, por la llamada a la libertad, por su constante estímulo, pierde su justificación y acaba por convertirse en un mecanismo -más poderoso que otros- de opresión. La justificación inicial del Poder -su origen implacablemente democrático- tranquiliza respecto a la forma de su ejercicio; y entonces se convierte en prepotencia, esa combinación de alarde del Poder y abuso de él.

Abuso legal -se dirá-. Sí, y en cierto modo eso es lo más grave: que la legalidad pueda amparar el abuso. La tendencia al intervencionismo del Estado es un rasgo que caracteriza la historia de Europa desde el final del Antiguo Régimen, desde la Revolución Francesa; cuando el liberalismo lo ha templado, ha permitido el admirable desarrollo de los países europeos y a la vez el incremento de la libertad" Pág. 74 "Cuando el impulso liberal ha decaído o ha sido combatido con éxito, grandes porciones de Europa han entrado en diversas formas de servidumbre y se ha atenuado o extinguido en ellas el espíritu creador, la iniciativa personal y social, la capacidad de invención. Dos guerras mundiales han sido el atroz precio que ha habido que pagar por ello, y la perpetuación del espíritu antiliberal en media Europa y gran parte del mundo es la causa de que propiamente no haya paz."

Pág. 76 "Richelieu se preguntaba «si se debe dejar que el pueblo viva a su gusto»; el pueblo acaba por advertirlo, quizá con irritación. Cuando en un país hay que realizar ciertas operaciones -por ejemplo económicas- urgentes, indispensables, penosas, hay que cumplir tres condiciones. La primera, explicarlas, justificarlas, conseguir la aceptación de la inmensa mayoría. La segunda, no ir al mismo tiempo en sentido contrario: por ejemplo, no sumar a la austeridad de unos el despilfarro de otros, no intentar convertir al país en una minoría de trabajadores y una mayoría de parásitos. La tercera, la más importante, no provocar fricciones que hagan imposible el asentimiento; no hostigar, una tras otra, a las fracciones del cuerpo social para convertirlo en otra cosa, en lugar de dejarlo inventar, proyectar, realizar con holgura y espontaneidad las transformaciones que broten de su fondo creador y fecundo.

Me parece un deber -ya urgente- advertir estos riesgos, antes de que se consume lo que no se ha producido por fortuna, pero algunos de cuyos síntomas me parecen inconfundibles, y que se van a acentuar si no se vuelve a inyectar la libertad en el mecanismo de la democracia: la ruptura de la concordia."

Pág. 79 "Basta con pensar que la libertad permite intentar, proyectar, imaginar y ponerse a realizar empresas quepueden ser atractivas e ilusionantes; que cuando hay libertad, no hay derecho a la desilusión y el pesimismo, porque nuestro futuro está en nuestras manos ("tú mismo te has forjado tu ventura", repetía Cervantes); y que hasta cuando la libertad falta, siempre queda la que uno se toma.

El balance de la ilusión en España será plenamente satisfactorio el día que los españoles trasladen a la vida pública la que sienten en la vida privada, cuando miran adentro de sí mismos"

Pág. 307 LA LIBERTAD EN JUEGO "Que el hombre puede marchar hacia adelante, que puede mejorar su situación y hasta su condición, que los caminos no están cerrados, que el horizonte se puede dilatar sin un término fijado de antemano, es muy cierto. Pero el reverso de la medalla es que también puede estancarse, retroceder,, perder lo que había tenido, malograr lo que había conseguido, caer en las formas de vida que parecían superadas, que efectivamente se habían superado. La vida humana es *insegura*, y no solo en sus ventajas e imperfecciones, sino hasta en su misma humanidad. El hombre está siempre expuesto a caer por debajo de sí mismo, a deshumanizarse o, en ocasiones, deshominizarse. Lo propiamente humano no está nunca dado, hay que hacerlo y mantenerlo..."

Pág. 308 "He dicho que el liberalismo ha sido lo más inteligente y generoso que ha engendrado el pensamiento político hasta hoy. Pero no he dicho que los liberales hayan sido siempre inteligentes. Por lo pronto cayeron en el error, propio del siglo pasado, del *individualismo*, desconociendo que la vida humana, siempre individual, está hecha al mismo tiempo de sustancia social, y por tanto el liberalismo, para ser justo y eficaz, tiene que extenderse a los grupos sociales y a la sociedad en su conjunto. en segundo lugar, pensaron que el Estado debe tener límites, lo cual es muy cierto, pero entendieron esto como si se tratara de que hubiese "poco" Estado, como si el Gobierno liberal debiera ser "débil"; sin darse cuenta de que el Estado liberal debe ser enérgico, pero tiene que limitarse a sí propio, es decir, tener configuración, no extravasarse de sus fronteras propias, precisamente para tener plena eficacia en ellas y no invadir lo que corresponde a la sociedad."

Pág. 310 "La libertad siempre está en juego, porque refleja la condición de inseguridad de la vida humana, porque es la forma verdaderamente humana de la vida. Y hay que evitar que se llegue a la luna nueva, porque en política suele significar no la espera del creciente, sino la anulación de las fases."

**RAZÓN DE LA FILOSOFÍA (Alianza Ed. Madrid, 1993)**

Pág. 257 “¿Quién soy yo? ¿Qué va a ser de mí?

Estas dos preguntas son inseparables, pero sus respuestas en cierto modo se excluyen. Si sé quién soy, si me veo como persona, realidad proyectiva, futuriza, real e irreal a la vez, azarosa, siempre viniente e inconclusa, la inseguridad me domina y no puedo saber que será de mí. Pero necesito saberlo, porque para vivir se requiere por lo menos un mínimo de seguridad, y en la medida en que sé qué va a ser de mí, me entiendo como algo ya hecho o previsto, como cosa más que como persona en el sentido riguroso de esta palabra.

Pág. 258 Esta ineludible combinación de inseparabilidad de las preguntas y exclusión mutua de las respuestas, constituye el carácter dramático de la vida humana. Porque no es que una y otra pregunta sean irrenunciables, cada una por sí, sino que lo son juntas, precisamente en su referencia recíproca y en su interno conflicto…

Esto nos lleva ante todo a invertir la manera usual de considerar el conocimiento: en lugar de partir de lo que se puede saber, lo decisivo es lo que se necesita; ya se verá si se puede o no. El *ignorabimus* es una tesis injustificada y muy poco racional, porque nunca se sabe. En la ciencia, casi todo lo que se sabe hoy hubiera parecido imposible hace poco tiempo. De esa actitud se ha pasado a una confianza ilimitada… La filosofía, a mi juicio, debe proceder de otra forma: abrirse a la esperanza y aceptar, desde luego, la inseguridad. Y adviértase que con esto no haría más que adaptarse al modo de ser inexorable de la vida humana.

Pág. 264 El azar interfiere en mi vida con multitud de elementos y sucesos ajenos a mis proyectos y que los alteran y perturban. Si no hubiese más que hechos, si la vida se redujera a eso, no habría azar; se podría decir, lo que pasa, eso pasa. Pero como la vida es anticipación de sí misma, y vivir es previvir, los proyectos tienen que modificarse constantemente en vista del azar. Y al mismo tiempo, el azar, al interrumpir en la vida, desbarata la planificación, ejerce una función liberadora y hace que los proyectos, que no pueden ser inertes, vivan argumentalmente.

Esto alcanza una intensidad decisiva cuando una realidad azarosa, surgida por azar en el ámbito de mi vida, se convierte en mi proyecto, lo cual sucede en el caso de una vocación descubierta y sobre todo en el enamoramiento en el sentido riguroso de la palabra. Nada pone tan claramente de manifiesto el carácter intrínsecamente dramático de la vida humana.

P. 293 A la filosofía le pertenece la inseguridad, inseparable de su radicalidad. Consiste en esa doble condición, y por eso significa una doble aventura sin posible regreso, que el hombre emprende en algunas ocasiones y con desigual intensidad.

Pero la inseguridad, que no puede desanimar al filósofo –si se desanima es que no lo es-, tampoco puede ocultar lo que es seguro. La filosofía puede alcanzar no pocas evidencias, en las que es posible hacer pie y salir adelante.

Sin embargo, la inseguridad acompaña al filósofo como la sombra al cuerpo. La razón de ello es que… la evidencia tiene que ser siempre actual, incesantemente renovada, no se puede descansar en la evidencia pretérita, una vez conseguida. Por eso la inseguridad tiene que estar constantemente superada…

P. 294 Y esto es precisamente lo que sucede con la vida… el hombre… tiene que vivir desde sí mismo… tiene que ser original aunque no quiera, y sobre todo si no quiere; y está siempre inseguro, aunque necesita un mínimo de seguridad, siempre huidiza, para apoyar el pie y seguir hacia adelante, llevado por una vocación aceptada, irrenunciable y a última hora inasequible.”

**MAPA DEL MUNDO PERSONAL (Alianza Ed. Madrid, 1994)**

Pág. 53 “La inseguridad es la condición misma de la vida humana. Al no estar hecha, depender de circunstancias que son variables y emergentes, en cierta medida imprevisibles, requerir de un esfuerzo de imaginación y luego decisión, consiste en acontecer, y al mismo tiempo requiere de una dosis de estabilidad para que la proyección hacia lo inseguro sea posible.”

Como la persona no es algo estático, sino que se está realizando constantemente a medida que con sus actos de libertad está decidiendo en cada instante quién quiere ser, “se realiza entre posibilidades y dificultades, ensayos y riesgos, con un núcleo siempre proyectivo que intenta afirmarse entre múltiples estorbos, tentaciones, caídas.

 **PERSONA, Alianza Ed. Madrid 1996, capítulo XXI, El destino de la persona**

Pág. 74 “He empleado muchas veces la expresión “asistir” a la vida de una persona, lo que va mucho más allá de verla o contemplarla; lo que hace posible esto es que esa vida no se limita a ser o acontecer, sino que lo que hace es *manar*. Su inagotabilidad real es la que permite la inacabable contemplación en forma de descubrimiento.

Cuando sabemos de alguien *quién es*, no lo conocemos en su integridad, no lo hemos agotado, el arcano persiste. Lo que poseemos es su clave, el proyecto último en que propiamente consiste, aquél que inspira la interminable serie de sus actos, proyectos y trayectorias. Todo eso es en cierto modo **imprevisible**, pero sabemos que será coherente con ese principio organizador. Conocemos la raíz de la arborescencia libre y creadora, y por eso mismo ilimitada.

Y esto es aplicable a la persona que somos cada uno de nosotros. Sabemos quién pretendemos ser; y al mismo tiempo cuáles son nuestras tentaciones, nuestros riesgos, nuestras amenazas. Y nos damos cuenta de cuándo estamos siendo quienes somos y cuándo dejamos que la falsedad se deslice en lo más íntimo de nosotros.”

Pág. 167 "El núcleo irreductible de la persona humana es su carácter proyectivo, es decir, la inclusión de lo que no es, lo futuro o, más bien, *futurizo*, dada su **inseguridad**, en su realidad misma, que por eso es radicalmente distinta de toda otra conocida. Por tanto, la persona es argumental, toda ella *argumental*, apoyada en la memoria. Inserta en el mundo mediante su corporeidad, rodeada de cosas con las cuales tiene que hacer su vida, conviviendo con otras personas, es una realidad inconclusa, siempre abierta, empresa de sí misma, cuya consistencia es *hacerse*."

Pág. 168 "La persona mide en cada momento su realidad, comparada con su aspiración, con el proyecto en que consiste, aunque no tenga clara conciencia de él, ni lo formule expresamente. La vida es un permanente balance: sentirse a una altura, apoyarse en un pasado que es el camino recorrido, hacer cuentas vitales de sus logros o fracasos, reconocer como verdadero o falso -o una combinación de ambas cosas- lo que ha hecho de sí misma; finalmente, anticipar un futuro incierto, hacia el cual se vuelve, y que descubre como su más verdadera realidad.

A esto llamo *destino*. La persona es tarea, empresa, aventura, meta que se alcanza o se abandona o se frustra. Es imaginación de sí misma, vocación realizada con recursos que no están en la mano propia, y a la cual se puede ser más o menos fiel."

Pág. 174 La aceptación de la muerte, ¿puede ser *personal*? quiero decir, ¿puede la persona aceptar su destrucción? ¿No es contradictorio? El carácter irreal, por ser proyectivo, de la persona, hace imposible pensar la destrucción de eso que *no es*, y que es precisamente aquello en que consisto... la estructura empírica de la vida humana es cerrada y remite a la muerte; pero desde el punto de vista de la vida, es una estructura abierta, proyectiva, que postula la perduración.

Esto resulta aún más claro en la perspectiva de la persona como tal, hecha de irrealidad, no enteramente presente, irreductible a toda cosa, con un modo de realidad única en el mundo y no comparable a nada.

Vimos cómo la aparición de la persona, el nacimiento, es absolutamente inderivable, innovación radical de realidad, es decir, *criatura*, aunque la presencia del Creador no esté dada y no se pueda partir de ella. Ahora bien, si el nacimiento es creación, la muerte de la persona tendrá que ser *aniquilación*. ¿Es esto pensable? En todo caso, habría que pensarlo. Es decir, habría que recurrir a otras categorías y conceptos que los aptos para entender las cosas, del mismo modo que ha sido menester forjar los adecuados para entender la vida humana y la realidad personal.

Pág. 175-76 Es sorprendente que la mente actual, que no acepta la destrucción de nada, su anulación, esté dispuesta a admitir la de la más alta e intensa realidad que conocemos, la persona humana...

La muerte ajena es fácilmente comprensible en la medida en que se la despersonaliza... en el caso de la persona amada aquella que en el enamoramiento se ha convertido nuestro proyecto, resulta inimaginable su aniquilación. No podemos concebirla como no existente, porque sigue existiendo dentro de nuestro proyecto de viviente, como ingrediente de él, y permanece como realidad, no ya hacia la cual nos proyectamos, sino con la cual lo hacemos.

El amor, en sus diversos grados, sería la medida de cómo vivimos personalmente a las personas, de cómo percibimos y comprendemos lo que tienen de personal, sin los ocultamientos que habitualmente se interponen entre ellas y nosotros. Esto sería la confirmación de que la persona humana, antes que inteligente o racional, es *criatura amorosa*... Esto llevaría a pensar en la *inverosimilitud* de la aniquilación de la persona humana. Si nos vemos obligados a aceptar como evidente su sentido de criatura, tendríamos que pensar y justificar el sentido de su aniquilación. Desde esta perspectiva, la perduración de la persona parece coherente con la forma de realidad que hemos descubierto en ella. Sería menester para rechazarla dar buenas razones para su destrucción.

Así planteada la cuestión, parece imposible desconocerla. A menos que se prefiera no ver que la persona humana es una realidad que difiere enteramente de todas las demás y se abandone esa exigencia de hacerse las preguntas radicales que llamamos filosofía."

 **ANTROPOLOGÍA METAFÍSICA, Alianza Ed. Madrid, 1998, capítulo XXVI, Azar, imaginación y libertad**

Pág. 188 "Todas estas ideas están asociadas con la finalidad, entendida a veces como intención o propósito. Si consideramos una serie casual, con una finalidad determinada, se producen efectos marginales, accesorios o accidentales, que no tienen directamente que ver con esa finalidad; si en lugar de una serie causal tomamos varias, éstas tienen interferencias ajenas a toda finalidad, también accidentales, las cuales tendrían, ciertamente, causa, pero extrínseca, ajena; esto sería el azar. Cuando este azar afecta a los seres que tienen voluntad, y que, por tanto, hubieran podido "querer" (o no querer), se convierte en tykhe, suerte o fortuna; esta sería, pues, la manera como lo casual o azaroso me "toca" o afecta. Éste sería el núcleo de la interpretación aristotélica. Naturalmente, tan pronto como queremos "entender" el azar, nos preguntamos por otra finalidad que puede tener, y que no es la inmediata ni intrínseca; y esta pregunta nos remite a las ideas de participación, porción o lote -"suerte"-, lo que está determinado o "destinado" a cada uno, en suma, el *destino*, acaso necesario e ineluctable".

Pág. 190 “El **afán de seguridad** –dominante en el hombre de nuestro tiempo- lleva al intento de eliminar el azar; esto se hace a veces en forma estadística; pero entonces se recae en la necesidad; si no se llega a la mónada sin ventanas, que trata de evitar la exposición al azar, o, en otra forma, a la anestesia, a la coraza o corteza protectora, el “esqueleto externo” de que se reviste con tanta frecuencia el hombre adulto para no ser tan vulnerable. Todo esto puede hacerse, pero es a costa de una mengua en la realidad personal: en la medida en que estoy protegido del azar o exento de él, no soy “yo”, sino que he experimentado una “cosificación”. Oscilamos, pues, entre el azar y la necesidad; a la combinación de ambos se llama desde hace milenios *destino*, pero no se ha solido entender bien, porque se lo ha interpretado casi siempre desde una mentalidad de “cosas”, no como destino personal. Y quien gobierna esa pareja inseparable y enemiga azar-necesidad -que habita en la imaginación- es la *libertad*. El destino tiene que ser adoptado, aceptado, apropiado, hecho mío; no es objeto de elección, pero tiene que ser elegido; solo así es rigurosamente destino personal o, con otro nombre, *vocación*. En rigor, nunca me siento más “yo” -yo mismo- que frente a un contenido azaroso que irrumpe en mi vida, cuando reacciono a él de una manera que brota de la raíz de mi persona; cuando descubro en él *el destino* que no se elige, y elijo hacerlo mío, serle fiel; con otras palabras, *elijo ser yo ese azar inelegible.*”

Pág. 193-94 "Y ahora vemos una nueva e inesperada función del azar. La libertad es inseparable de la imaginación; en la imaginación es donde se aloja el azar, donde realmente puede existir en su sentido humano, biográfico, no cósmico. Se ha sentido siempre que el azar, que no es querido, que es siempre ajeno a mis proyectos, amenaza mi libertad y la disminuye. Es cierto, pero no es menos verdad que el azar, al irrumpir inesperadamente en mi vida, con un elemento de sorpresa, introduce en ella un elemento de innovación, evita su clausura -la que se derivaría de una circunstancia ya dada y un proyecto vital que me constituye y con el cual me identifico-. El azar se burla de toda planificación, de todo intento de enjaular la vida. Cuando creo que "ya sé", el azar interviene y lo echa todo a rodar, porque respecto a él no sé a qué atenerme y tengo que buscar y decidir. El azar da las ocasiones para el ejercicio de la libertad. Es la forma que reviste circunstancialmente el carácter emergente y fontanal de la libertad, lo que nos recuerda que la vida no se puede domesticar.

 Pero el azar no puede asimilarse o incorporarse más que mediante su absorción dentro de un proyecto biográfico; entonces aparece como lo que mantiene siempre alerta el quehacer en que la vida consiste. Volvemos a encontrar la expresión perspicaz de Nicolás Cusano: el hombre, *deus occasionatus*; su acción creadora, quiero decir, quasi creadora, una vez recibida su realidad, literalmente *creada* como innovación radical e irreductible, se ejerce ocasionalmente, y el azar es la forma de esas "ocasiones" cuando es vivido y realizado por una imaginación libre".

Pág. 195 "La vida humana, por ser una realidad dramática y no hecha, sino siempre haciéndose, imaginativa y proyectiva, futuriza, es *interpretativa*. Yo tengo que previvir mi vida, anticipándola en la imaginación, y por tanto se me presenta como «tal» vida —ésta o ésta o ésta—, transparente para mí, y por consiguiente solo es posible mediante una teoría de sí misma, que es ingrediente de su propia realidad, y que podemos llamar *teoría intrínseca*. La vida humana —lo he dicho muchas veces— es una realidad que solo es posible si incluye en sí misma una teoría. Esta interpretación es la manera de tratar con las «irrealidades» que componen enorme porción de la realidad humana: imágenes, recuerdos, anticipaciones, proyectos, el futuro en cuanto tal. Y esta es la raíz de la estructura *dicente* de la vida humana: yo no puedo vivir más que diciendo; por lo pronto, diciéndome a mí mismo; pero como el hombre es originariamente —y no adventicia o secundariamente— convivencial, el decirme a mí mismo no es ni suficiente ni primario: se trata de decir —a los demás—, y ese decir se «contrae» en ocasiones a mí mismo en el «decirme», en lo que llamaba Husserl el funcionamiento de las significaciones en «la vida solitaria del alma».

* ¿Es la vida realmente azar, o es más bien caos? ­ ¿Hasta dónde afectan las casualidades en otras vidas ajenas a la mía propia? ­ ¿En qué se relacionan el deseo y la libertad? ­ ¿En qué se demuestra que somos libres? ­ ¿Existe el destino? ¿Qué entendemos por ello? ­ ¿Es el destino una combinación entre azar y necesidad, como piensa Julián Marías, o es otra cosa? Cuanto más se moderniza la sociedad, ¿más libertad tenemos? ­ ¿Es el azar bueno o malo? ¿Y el caos? ­ ¿Podemos elegir el destino? ­ ¿Qué podemos imaginar? ¿Es la imaginación una forma de libertad? ¿El azar aumenta o disminuye mi libertad?
* ¿Si la vida es un drama, lo es más por el azar que por la imaginación y la libertad?
* ¿Nos obliga el azar a tener que proyectar nuestras vidas contando con él?
* ¿Cuál es la función del azar en la vida humana? ¿Puede ser el azar una amenaza para la libertad o nos priva de ella? ¿Es condición para que surja la creatividad y la innovación en el proyecto que es la vida humana? ¿Si lo incorporamos a nuestra vida, tenemos seguridad o inseguridad?
* ¿Qué pasa cuando ocasionalmente me encuentro ante una circunstancia azarosa y no la incorporo a mi destino? ¿Pierdo la ocasión y se me escapa de las manos?
* ¿Es el azar una oportunidad para desarrollar la personalidad humana? ¿Es una ocasión que Dios tiene para hacerse presente al hombre y a la vez ocultarse entre algo tan aparentemente intrascendente?
* ¿El encuentro con el azar es encuentro con infinitas posibilidades, oportunidades que me ofrece la Providencia de ser más yo mismo o de perfilar mi proyecto? ¿Azar y Providencia incluyen la libertad, imaginación y creatividad que me caracterizan?
* ¿Si no fuera por la imaginación y la libertad no sabríamos verlo, ni valorarlo, ni encontrar el modo de introducirlo en nuestras vidas creadoramente? ¿Si no fuera por el azar, mi proyecto vital perdería creatividad o esta procede solo de mi imaginación?
* ¿La creatividad surge solo ante un acontecimiento azaroso?
* ¿Puede decidir nuestra vida el azar? ¿Evita su clausura y nos abre a los otros, a otras posibilidades de ser? ¿Qué tiene de bueno el azar? ¿Me obliga a ser libre?
* ¿Entonces el orden es una reconstrucción que lleva a cabo el sujeto gracias a su experiencia ante lo vivido por casualidad?
* ¿Puede ser el universo el resultado de un plan racional de Dios? ¿Aunque yo elija dentro de la multiplicidad de trayectorias que me presenta una circunstancia azarosa?
* ¿Es realmente inseguridad la vida? ¿Estamos predestinados o no? Cuando se te impone un orden o un azar ¿dejas de ser libre? ¿comienzas a serlo si lo aceptas? ¿no serás más libre si, acudiendo a la imaginación, buscas miles de posibilidades para salir adelante?
* ¿Cuanto más sé quién soy menos sé qué va a ser de mí por la inseguridad que constituye mi vida, dado que no sé ante qué realidad casual me voy a encontrar?
* ¿El encuentro con el azar es encuentro con las posibilidades que me brinda la Providencia de ser más yo mismo? ¿Azar y Providencia incluyen la libertad, imaginación y creatividad que me caracterizan?

 **TRATADO SOBRE LA CONVIVENCIA. CONCORDIA SIN ACUERDO, Ed, Martínez Roca, Barcelona 2000**

Pág. 9 La verdad es la condición misma de la libertad, porque el error, no digamos la falsedad, conduce inevitablemente a la servidumbre. Una gran parte de los males de este mundo, aquellos que son en principio evitables, porque dependen de las conductas humanas y no de la estructura de la realidad, proceden de las malas relaciones con la verdad, que pueden llegar a la aversión hacia ella, a que sea considerada como el enemigo que hay que evitar o destruir...

No solo la libertad es consecuencia de la verdad, de su descubrimiento y aceptación, lo es igualmente la concordia. Conviene no confundirla con la unanimidad, ni siquiera con el acuerdo. La diversidad de lo humano, la índole conflictiva, excluye la homogeneidad, la unanimidad, que siempre es impuesta, precisamente a costa de la verdad, de su desconocimiento o falsificación. El desacuerdo es muchas veces inevitable, pero se puede confundir con la discordia.

Esta es la negación de la convivencia, la decisión de no vivir juntos los que discrepan en ciertos puntos, en algunas cuestiones en que el acuerdo no parece posible. Estas diferencias no pueden llevar al olvido de los elementos comunes en los que se funda la posibilidad de la convivencia…

Pág. 10 “Coexiste todo lo que existe juntamente y a la vez. Las cosas coexisten, y el hombre con ellas; convivir es vivir juntos, y se refiere a las personas como tales. Es decir, con sus diferencias, con sus discrepancias, con sus conflictos, con sus luchas dentro de la convivencia, de esa operación que consiste en vivir juntos.

Esto es precisamente la concordia, cuya condición es el escrupuloso respeto de lo que es verdad, es decir, de la estructura de la realidad. Lo cual excluye la homogeneidad, la unanimidad, que rara vez existe; y otro tanto el desconocimiento de los factores comunes, desde la condición humana hasta la contemporaneidad, es decir, la pertenencia a un mundo que, si no es uno, está en presencia y dentro de un sistema de relaciones mutuas…

Vivir, para el hombre, no es una empresa demasiado fácil. No tiene más remedio que acertar; su vida es permanente inseguridad; no tiene un eficaz sistema de instintos que orienten y regulen su conducta; tiene proyectos, y hay que decidir si son o no realizables y son conciliables con los de los demás hombres. Por eso, el error tan infrecuente en la vida animal es la amenaza constante de la humana. Por eso el hombre no tiene más remedio que pensar, usar la razón, que no siempre posee en grado necesario, sino que –y esto es lo decisivo- necesita, sin la cual no puede vivir humanamente.”

Pág. 11 “Si se tiende la mirada por el mundo actual, se ve que está lleno de conflictos, con frecuencia atroces, que se intenta evitar sin pensar primero en sus causas, sin intentar ver en qué consisten. Se intentan diversas terapias sin ocuparse del diagnóstico.

Ha sido frecuente en la historia la imposición de las vigencias mayoritarias, la opresión de los discrepantes, el no reconocerlos y respetar sus diferencias, la posibilidad de convivir con ellos. Algunos restos de esta actitud perduran en nuestro tiempo, pero está siendo sustituida por otra, que en cierto modo la invierte: son los discrepantes que intentan imponerse… mediante la ruptura de la convivencia… de forma más extremada, pretenden imponer su variedad particular…con riesgo de su destrucción y ruina, con el máximo desprecio de lo que es la realidad efectiva, y por tanto de la verdad.

Lo que suele llamarse integrismo o fundamentalismo es el ejemplo actual de esta actitud. Es la inversión de la forma tradicional de abuso: no el de las mayorías, sino el de las minorías. A la injusticia y a la violencia se añade la inverosimilitud; no solo la falta de razón, sino la inversión de la racionalidad. Es la versión más extremada de tomar la parte por el todo.”

Pág. 15-16 “Casi siempre, esa desvirtuación de la realidad, que engendra el descontento y el malestar, es decir, la falta de verdadera *instalación*, y con ello el desasosiego, es algo inventado por algunos, de origen *individual*, contagiado a otros y que finalmente arraiga, se convierte en la interpretación vigente, dificilísima de superar.

Éste es el origen de la inmensa mayoría de las *discordias* que afectan a nuestro planeta. Los hombres han luchado entre sí desde que el mundo es mundo, casi siempre con gran torpeza, frecuentemente con gran violencia y crueldad. Pero no se trataba propiamente de discordias, sino de ambiciones, intereses, afán de predominio…

Los quebrantamientos de la concordia –que es de lo que se trata- tienen dos condiciones: una de ellas la actitud *totalitaria*, la idea de que todo es políticamente relevante; la otra, el incremento del poder en los medios de comunicación, lo que hace posible que los virus “prendan” y se extiendan a grandes porciones de la sociedad, o al conjunto de ella.

Se trata, pues, de lo que acontece a la verdad; cuando se la desconoce o se la niega, no solo se pierde la libertad y se es siervo de la falsedad, sino que ello acarrea destrucción de la concordia, de la capacidad de convivir conservando todas las diferencias, las discrepancias ocasionales; en suma, el conjunto de las diversas y verdaderas libertades”

Pág. 155-56 “Imagínese lo que podría ser la realidad de un país si sus ciudadanos tuvieran en cuenta lo que ven, lo que por eso saben, si dejaran fluir en sus actos lo que sienten en su intimidad. Que no ocurra así es notorio: no se puede contar con que el criterio en la vida real sea la calidad personal de los demás, lo cual llevaría, claro está, a velar por la propia, a no dejarla descender, a no venderla por ningún precio.

¿Por qué es así? Las causas son muchas y dispares. Enumeramos algunas. La primera, la falta de atención; muchos resbalan sobre lo que ven u oyen, no acaban de enterarse, no le dan importancia; en segundo lugar, la mala memoria: no se recuerda lo que hizo buena o mala impresión, no se retiene el entusiasmo o la repugnancia que inspiró una situación ya lejana. Añádase a esto la desorientación cuidadosamente planeada que se está ejerciendo por diversos medios de comunicación sobre la sociedad. Se da por supuesto que “todo vale”; se vierte sarcasmo sobre lo que se quiere desprestigiar; se equipara lo “frecuente” con lo “normal”, esto con lo “lícito”, esto con lo “moral”. **El rasgo dominante en el mundo actual no es la inmoralidad, sino la desorientación.** Por eso es difícil la claridad sobre la calidad de las personas, improbable que se tenga en cuenta.”

“Los fanáticos son algo más: personas. Si colectivamente no se puede hacer nada con ellos, individualmente sí; la verdad, adecuadamente mostrada, se impone; el día que un fanático duda, empieza a estar salvado, porque su condición es precisamente no dudar. Por eso hay que esforzarse por decir incansablemente la verdad, con la esperanza de que pueda llegar hasta los que tienen como profesión resistir a ella.

Pág. 175 “El desacuerdo, que es inevitable y con frecuencia necesario, supone la concordia y se nutre sustancialmente de ella. Es una cuestión de jerarquía: la concordia es lo más importante, el suelo común en el que descansan el acuerdo o el desacuerdo… nada es más peligroso que confundir la concordia con el acuerdo. No es menester estar de acuerdo, se puede discrepar enérgicamente, incluso sobre asuntos graves”

* **¿Nos puede conducir la concordia a la seguridad que necesitamos en la convivencia, a pesar del acuerdo o desacuerdo en que nos encontremos?**
* **¿Si la destrucción de la concordia nos conduce a la pérdida de libertad y seguridad verdad y concordia son su condición?**
* **¿Qué tipo de inseguridad generan las conductas de los violentos o los fanáticos?**
* **¿El poder y control que ejercen los medios de comunicación sobre la sociedad produce desorientación e inseguridad? ¿Por qué?**

 **LA MEDIDA DE LA LIBERTAD (Artículo de EL PAÍS, 20-2-1979)**

"¿Cómo se mide la libertad? Cuánta hay en cada situación personal o colectiva? Se dirá que hablar de la libertad es muy vago; que lo que hay es libertades en plural. Adelantaré mi opinión de que, siendo esto muy cierto, está contrapesado por el hecho de que las libertades son sistemáticas, referidas tinas a otras, apoyadas tinas en otras; es decir, que hay un sistema de las libertades, de manera que o hay libertad o no la hay; o, en términos menos extremados y más realistas, hay poca o mucha libertad, que se articula en cada caso en libertades plurales. Tiene, pues, perfecto sentido la cuantificación de la libertad, su mensuración. Los que no gustan mucho de la libertad suelen descalificar las que se gozan en los países cuyo sistema político puede albergarse en el amplio y abarcador nombre de liberalismo: dicen que esas libertades son «formales», y las contraponen a otras, que llaman «reales».

Es una curiosa idea de la realidad la que considera que la forma no le pertenece, y supone que las libertades que informan una sociedad y una manera de vivir no son «reales». La libertad de expresión, de asociación, de elección de los gobernantes, de residencia, de desplazamiento dentro del país, de salida de él y regreso, de petición, de crítica, de matrimonio, de elección de profesión, ¿no son reales?

Cuando se habla de «libertades reales» suele entenderse libertades económicas. Es una interpretación absolutamente abusiva, pero aunque se aceptase provisionalmente, habría que hacer un par de observaciones urgentes. La primera: que si no hay libertades formales no hay ninguna libertad; ni siquiera la de pedirla, la de decir que falta, la de quejarse. Por eso, en los países en que no hay libertad parece que no se carece de ellas, porque no se oyen clamores que lo proclamen así. Son las libertades formales las primeras, la condición de que puedan reivindicarse las demás, de que se pueda intentar conseguirlas. La segunda observación es que para que haya libertades económicas tiene que haber recursos. Las libertades económicas son posibles cuando los individuos disponen de medios para el acceso a los bienes económicos, cuando pueden participar de la riqueza y así realizar las libertades formales. Se dice, y no sin razón, que en la extrema pobreza -no digamos en la miseria- las libertades formales no son efectivas, no tienen verdadera realidad. Así es, y por tanto interesa el aumento de la riqueza, unido a las «libertades formales» que hacen posible el acceso a ella, la participación en ella de todos los hombres y mujeres.

La consecuencia inevitable es que un sistema que reduce la creación de riqueza, que compromete o disminuye la productividad, anula las «libertades reales», reduce a los hombres a un nivel económico inferior en que no es posible la realización plena del sistema de las libertades, la expansión de la vida. Ahora se habla constantemente -frívola y desmesuradamente- de «genocidio». El verdadero genocidio, y en gran escala, es precisamente aquella organización política, social y económica, que impide nacer o vivir a los millones de personas que de otro modo podrían nacer, vivir y, encima, ser libres.

Una cuantificación metódica de las libertades es compleja y difícil, y por supuesto no está al alcance de cualquiera, por ejemplo, de una persona que quiera orientarse en unas elecciones o decidir si le convendría establecerse en un país u otro, o calcular qué ventajas o desventajas pueden seguirse de la adopción de un régimen político o una organización social, o simplemente comparar el estado actual de las libertades con el de hace dos años, o cinco, o veinte; o que es aún más interesante, prever cuál puede ser el año próximo, según el camino que hoy se elija.

Pero una medición aproximada de la libertad puede hacerla todo el mundo, y en pocos minutos de reflexión, con la precisión suficiente para no errar, para no engañarse en la conducta práctica, para poder valorar rectamente las expectativas. Basta con hacerse -de ser posible a solas, en silencio, sin consultar con nadie, haciendo acopio de sinceridad tres preguntas. ¿Cuáles? Estas:

¿Qué puedo hacer? ¿Qué no puedo hacer? ¿Qué me pueden hacer? Las respuestas a esas preguntas componen una imagen adecuada del estado real de la libertad en una situación determinada.

A la primera contesta, naturalmente, la lista o catálogo de las libertades «formales», los derechos reconocidos y establecidos por las leyes -si las leyes se cumplen-: libertades jurídicas, políticas, religiosas, de expresión, asociación, enseñanza, investigación, desplazamiento, etcétera. Pero no menos que esa lista es esencial la de los recursos de todo tipo que las hacen posibles: libertad de expresión y publicación, si sé expresarme y escribir; libertad de desplazamiento si tengo dinero para viajar, libertad de enseñanza si tengo escuela, libertad de trabajo si puedo encontrar un puesto, libertad económica si hay un mercado en que puedo comprar y vender libremente y mi trabajo me piroporciona los ingresos necesarios.

La segunda pregunta se refiere, por lo pronto, a las prohibiciones -escasas unas veces, frondosísimas en otras situaciones-. Tal vez no puedo elegir a mis gobernantes; acaso no puedo afiliarme a un partido de mi gusto, porque no hay más que uno; o no puedo sindicarme (o dejar de sindicarme, si lo prefiero); puede estar prohibido viajar a otra ciudad sin permiso oficial; o salir al extranjero; o volver a mi patria si he salido; o ir a la iglesia (o abstenerme de ir a la iglesia); o publicar lo que he escrito; o escuchar la radio que se me antoje; o leer los libros y periódicos que me interesen; o reunirme con quien me plazca; o criticar a los ministros; o elegir mí profesión; o casarme con quien quiera (si ella quiere); o establecer una empresa; o cultivar la literatura, la filosofía, el arte, según mis personales preferencias. Pero hay que agregar otras formas de no poder hacer: porque no sé leer y escribir, porque no sé nada de esos países a los cuales podría viajar, o no tengo dinero para ello; porque cuándo voy al mercado, mis bolsillos están vacíos; porque no dispongo de servicios sanitarios que curen mis enfermedades o remedien, hasta donde es posible, mis defectos; porque estoy abandonado en la enfermedad, el desempleo o la vejez.

La tercera pregunta, finalmente, es sumamente delicada, y casi siempre se pasa por alto. ¿Qué me pueden hacer? ¿Qué garantías tengo de que mis derechos serán respetados y, si alguien los viola, podré recurrir eficazmente? ¿Me pueden matar, detener sin motivo, encarcelar sin proceso, torturar? ¿Me pueden secuestrar, herir, golpear, robar? ¿Me pueden privar de mi nacionalidad, de mis derechos civiles, de mi pasaporte, de mi puesto de trabajo? ¿Me pueden deportar, confinar, desterrar por una decisión arbitraria? ¿Me pueden denunciar impunemente? ¿Me pueden injuriar o calumniar sin defensa? ¿Me pueden obligar a aceptar un partido, un sindicato, una religión, una ideología, un caudillo indiscutible? ¿Me pueden castigar o despreciar o excluir por mi raza, el color de mi piel, mi sexo, mis creencias? Y una última pregunta, que podría ponerse en la boca todavía sin palabras del niño no nacido: ¿me pueden matar sin dejarme salir al mundo, me pueden expulsar del tibio abrigo materno, antes de que llegue?

Estas tres preguntas no tienen la misma respuesta en todos los países. Hay grandes diferencias si se hacen en España, en la Argentina, en Estados Unidos, en Cuba, en la Unión Soviética, en el Japón, en Holanda, en Suecia, en Camboya, en Argelia, en México, en Uganda, en Inglaterra, en Italia, en el Brasil. Y no es lo mismo en una época o en otra: ¿qué contestaría un alemán del tiempo de Hitler o un alemán de 1979? Perdón: ¿un alemán de la Alemania oriental o de la occidental?

Imagínese que un español se hiciera estas tres preguntas en una serie de momentos: en 1928, en 1933, en 1937, en 1940, en 1955, en 1975, en 1979. Imagínese que este mismo español reiterase las preguntas pensando en 1982: la respuesta no es unívoca; varios caminos se abren ante él. ¿Cuánta será la libertad en España dentro de tres años? ¿Qué podré hacer, qué no podré hacer, qué me podrán hacer? El horizonte presenta no pocas nubes; pero una cosa me alienta y me sirve de consuelo: la respuesta a esas trespreguntas dependerá de lo que hagamos ahora; y eso sí, podemos hacerlo."

 **EL PESO DE LA LIBERTAD (Artículo de ABC 22-5-1997)**

"Entre las fórmulas de expresión maravillosas que acuñó Cervantes, varias de ellas en verso, lo que aconsejaría revisar su estimación como poeta, cuento los que comenté en mi libro "Cervantes clave española» y que me parecen espléndidos en concisión: "Y he de llevar mi libertad en peso / sobre los propios hombros de mi gusto».

Por lo visto, sentía que era menester llevar la libertad "en peso", lo que implica que pesa y puede causar alguna pesadumbre. La apelación al "gusto" no es menos interesante: sugiere cierta espontaneidad y a la vez una fruición. La libertad es algo que brota de uno mismo, complace, produce placer, y a la vez cuesta trabajo, exige esfuerzo, lleva consigo responsabilidad.

Si todo esto se tiene en cuenta y se practica, la libertad se consigue y perdura, puede salvarse de sus muchos riesgos; si se falta a lo que Cervantes proclamaba, puede enfermar, contaminarse, acaso perecer.

Si se me preguntara qué me parece más inquietante de la actual situación de España, diría que la frecuente infidelidad a lo que Cervantes prometía por su cuenta, al formular una exigencia perdurable del ejercicio de la libertad. Existen las condiciones para ello, el horizonte está abierto y no hace falta ningún heroísmo especial para tomar posesión de él. Otras veces no ha sido así, y la diferencia más profunda entre las personas reside en su disposición a no aceptar ese peso de la libertad, que puede ser considerable, aunque pocas veces abrumador.

Uno de los peligros mayores es la disminución o la extinción del gusto por la libertad; hay quienes sienten temor ante ella; otros, indiferencia, incluso falta de claridad: se dejan literalmente "empujar" por los que ejercen sobre ellos presión; no usan la libertad que tienen, y ni siquiera se dan cuenta de ello. Es lo que muestran las encuestas y sondeos que se multiplican, cuyos resultados son previsibles y que responde en su mayoría a una dejación de la libertad personal.

Pero hay otro fenómeno que a la larga resulta todavía más peligroso, y es la actitud de aquellas personas que tienen plena conciencia de lo que es libertad, que saben en qué consiste y la "ejercerían" si no reclamase ningún esfuerzo, si no tuviese peso. Saben lo que está bien y lo que está mal, lo que es decente y lo que no lo es, lo que tiene valor o carece de él -o tiene un valor negativo, como la falsedad-. Saben también lo que conviene o es dañoso, tal vez pernicioso.

Es posible que sientan un conato de ejercer su libertad, de seguir su "gusto" por ella; pero, llegado el momento de ponerla en práctica, renuncian a ella, desisten, aceptan la incoherencia. Regatean el esfuerzo requerido para sostener el peso de la libertad, aunque no sea excesivo. La mayoría de las veces no es gran cosa, no expone a fieros males, si se la mantiene alegremente en vilo no pasa nada.

Tal vez se puede perder algún dinero, un puesto que se considera apetecible, una distinción, elogios, publicidad, el ingreso en un grupo que puede ser siniestro y peligroso, dentro del cual será difícil sentirse seguro. Poca cosa.

Esta tentación, tan difundida entre los que tienen responsabilidad y no podrían alegar ignorancia, engendra confusión. No se sabe dónde se está porque cuando se cree saberlo resulta que no es así, que aquel espacio ha sido ocupado por otros con los que no se contaba. "no se puede circular", decía Ortega después de volver a España, tras nueve años de exilio, y durante muchos; efectivamente era así, y no circulaba apenas, se movía en limitadísimos círculos privados o bien ante el "público", los lectores o los oyentes que ejercían personalmente su libertad.

En el fondo se trata, como casi siempre, de la verdad. Una de las conferencias de curso "En torno a Galileo" que oí a Ortega en la Universidad de Madrid, en 1933, se titulaba "La verdad como coincidencia del hombre consigo mismo". Es decir, como autenticidad. No es ya la verdad del decir o del pensar, sino la verdad de la vida.

Esa coincidencia consigo mismo es lo que a veces falta. Lo que se piensa y se siente, lo que se inicia, lo que es la propia realidad, no se mantiene, es desmentido por los actos siguientes, es decir, el hombre se miente a sí mismo.

Cuando esto ocurre con demasiada frecuencia, resulta difícil respirar. Ha habido épocas y países en que esta situación ha sido tal, que la consecuencia era inevitablemente la asfixia. Normalmente no es así; para ejercer la libertad basta con quererlo, con no abandonarla, con no serle infiel.

Importa, más de lo que parece, salvar la coherencia propia, distinguir entre "las voces y los ecos", solidarizarse con lo que se estima y distanciarse -si es posible, cortésmente- de lo que parece desdeñable o indeseable. Una de las mayores responsabilidades de los que tienen una figura pública y gozan de algún prestigio es no confundir a los demás, a la gran mayoría. No basta con mantener una apariencia decorosa; es menester no defraudar; y todavía más, no inducir a error, pecado gravísimo. Presentar como valioso lo que no lo es, denostar lo que está lleno de méritos o, por omisión, cubrirlo de silencio, es contribuir a la desorientación de los demás, de los que quizá no disponen de recursos para juzgar por sí mismos.

Cada persona "destiñe" -para bien o para mal- sobre aquellas de que se rodea, con las que se asocia a los ojos de los demás. Esa influencia puede ser saludable y benéfica, si corresponde a las exigencias de la realidad. Si las desconoce y las pasa por alto, la consecuencia inevitable es la contaminación, el descenso de la calidad.

Es difícil ser inteligente en una sociedad que no lo es; si se mira la historia de los países habitualmente ilustres, se puede comprobar con todo rigor. No es fácil ser decente en un ambiente corrompido. En ambos casos se puede ser lo mejor, pero a costa de un gran esfuerzo que no todos están dispuestos a cumplir. Y hace falta además una dosis de clarividencia, una capacidad de distinguir, que no es universal.

Me preocupa tanto la decadencia que amenaza al mundo actual, y que todavía me atrevo a creer evitable, que miro con ansiedad sus síntomas, y siento alegría profunda cuando veo indicios de recuperación o defensa. Porque lo grave de las decadencias es que afectan a la misma realidad humana, y por eso es extremadamente difícil salir de ellas.

El único remedio eficaz es la apelación a la libertad de cada uno de nosotros, recordar el inolvidable verso de Cervantes: "tú mismo te has forjado tu ventura"."

 **EL AZAR (Artículo de ABC 17-2-1994)**

Una cosa es "tener libertad" y otra, más honda e importante, "ser libre". Cuando se carece de libertad, resulta más evidente la condición de libre que pertenece al hombre. Acaso nadie lo haya expresado mejor que calderón, en las quejas de Segismundo en "La vida es sueño" cuando compara su situación con la del arroyo, el pez, el bruto y el ave. Una y otra vez proclama la diferencia de su condición:

 *¿Y teniendo yo más alma, /tengo yo más libertad?*

 *¿Y yo con mejor instinto, /tengo menos libertad?*

 *¿Y yo, con más albedrío, /tengo menos libertad?*

 *¿Y teniendo yo más vida, /tengo menos libertad?*

Es decir, siendo yo persona, siendo libre, ¿por qué estoy privado de libertad. Sin embargo, a lo largo de la historia ha habido hombres que han tratado de persuadir a los demás de que "no son libres", aunque esto contradiga la inmediata evidencia. es curioso que estos hombres han solido ser grandes juzgadores, aficionados a juzgar a sus prójimos, dando por supuesto que son libres.

Los pretextos han sido varios, Desde el punto de vista teológico se ha esgrimido la idea de predestinación; en otras épocas se ha preferido el materialismo, la interpretación del hombre como máquina; en tiempos cercanos, y que no han terminado, se ha insistido en la condición económica y social, de clase, y en el inmodificable "sentido de la historia". Con mayor refinamiento, ahora se piensa que los genes determinan toda la trayectoria de una vida humana, que en ellos está prescrito todo lo que un hombre va a ser y hacer.

Pero no se cuenta con el "azar", al que dediqué un capítulo en "Antropología metafísica"... mi planteamiento consistía en apartar la consideración del azar de lo meramente cósmico o del cálculo de probabilidades para situarlo en el ámbito de la vida humana, que es el que le pertenece.

La vida humana consiste en elección, en cada instante, entre las posibilidades que resultan de proyectar mis proyectos sobre una circunstancia. Ésta, como tal, no es elegida, sino que me encuentro en ella y forma parte de mi realidad. Ahora bien, una vez dado yo con mi circunstancia, innumerables contenidos de mi vida son azarosos, ajenos a mis proyectos, y que dan carácter azaroso a mi vida misma. Casi todo lo que encuentro es por azar, por coincidencia en el espacio y en el tiempo, y las consecuencias de esos encuentros son imprevisibles. Si se repasa la vida, asombra la proporción que el azar ha tenido en ella; y si se piensa en el futuro, ese asombro puede resultar pavoroso.

Si no hubiera más que "hechos", no tendría sentido hablar de azar; pero la vida es futuriza, anticipación del futuro desde el presente, imaginativa. Vivir es previvir, y en el sistema de nuestros proyectos se aloja el azar; los vamos rectificando, modificando, en vista del azar. Éste parece irrumpir en nuestra vida y privarla de ser lo que quería ser, pero no es menos cierto que la vida lo acepta, absorbe, configura, y se hace con él.

Ahora bien, esos múltiples azares con los que se hace la vida no están en mis genes; sea de ellos lo que se quera, me tengo que enfrentar con el azar, sobre todo en forma de las otras vidas con las que hago la mía, y como éstas son igualmente azarosas, mis azares se multiplican por los de las demás indefinidamente.

En la vida humana, esa pareja inseparable y enemiga, azar-necesidad, habita en la imaginación y es gobernada por la libertad. Eso que se llama destino no es objeto de elección, pero es elegido, hecho "mío"; entonces es destino personal, o con un nombre mejor, vocación. Nunca me siento más "yo mismo" que cuando frente a una realidad azarosa reacciona a ella desde mi raíz, elijo ser yo ese azar inelegible, como cuando me enamoro de una mujer a quien he encontrado por una serie de azares.

Vemos cómo el azar tiene una función inesperada. En el hombre, el azar humano no cósmico, reside en la imaginación. Y al irrumpir, siempre inesperadamente, en mi vida, introduce en ella un elemento de innovación, evita su clausura, se burla de toda planificación, de todo intento de enjaular la vida.

Llevamos mucho tiempo tratando de reducir la vida humana a una cosa, con diversos artificios -uno de ellos la estadística-. Pero el azar echa todo eso por tierra, se burla de los esfuerzos por enjaular la vida. No se puede decir "ya sé", porque el azar interviene frente al no sé. Tengo que enfrentarme con él, absorberlo, dar razón de esa novedad que ha irrumpido en mi horizonte, hasta llegar a saber a qué atenerme y poder seguir proyectando.

El azar me obliga a ejercer mi libertad. Hace que la vida no esté nunca "dada", ni hecha, sino que se presente ante mí como un incesante quehacer. Se podrán conocer los recursos con los que realmente hago mi vida, las posibilidades de que dispongo y con las que me encuentro, y que son siempre -no se olvide- mi circunstancia, aquello con lo que "yo" me encuentro. Yo soy el que, con todo eso, tiene que imaginar, proyectar, intentar realizar su vida. Con mucha o poca libertad, en el extremo, tal vez sin ninguna; pero con una inexorable condición que consiste en ser libre, en tener que elegir, al menos cómo voy a tomar esas presiones que anulan mi libertad.

El azar tiene una función liberadora, que no suele tener en cuenta; por muchas determinaciones que se acumulen, la existencia del azar deja una puerta abierta que, paradógicamente, "me obliga a ser libre".

Es curioso que casi todos los hombres que declaran que no somos libres gocen, ellos, de considerable libertad; cuando, en un grado u otro, se está privado de ella, se siente esa privación como tal, es decir, se experimenta la condición inevitable de ser libre. Si se repasa la historia, si se mira lo que se dice en el presente, se encuentra que los que niegan que el hombre sea libre quieren, desde su libertad, que los demás renuncien a ella, lo cual es fácil si se convencen de que no les es propia, de que no es la raíz misma de su realidad.

En este sentido, el azar me parece precioso, es tal su evidencia, aparece como tal elemento constitutivo de nuestra vida, que no hay posibilidad de negarlo. Y cumple una misteriosa función, tan inesperada que no se le reconoce, y que es nada menos que ponernos en libertad.

**LA VERDAD OS HARÁ LIBRES (Artículo de ABC 21-2-2002)**

En el curso «Cambio de siglo», que he empezado y espero terminar, he hablado de la verdad y cuento con hablar de la libertad. La conexión entre ambas me parece cada vez más evidente: la una depende de la otra, y la falta de una pone en peligro la otra. Cada vez estoy más persuadido de que la causa más profunda de los males que padece la humanidad es la mentira, que hay que distinguir pulcramente del error, inevitable en muchas ocasiones, siempre superable y salvable.

La tendencia dominante en la actualidad a la impunidad en todos los aspectos adquiere particular gravedad cuando se trata de la mentira. Es lo que puede llamarse la impunidad verbal, el que la mentira circule y pase sin corrección ni apenas conciencia de su existencia. El influjo de la mentira cuando está potenciada por la organización y los «medios de confusión» es enorme, y rara vez hay reacción contra ella. Se puede llamar «decretazo» a lo que no es un decreto, sino una ley votada en Cortes por una mayoría legítima, y un jurista «famoso» puede invitar a la desobediencia civil contra ella.

Cada día, en los periódicos, en los coloquios, en los programas de radio o televisión, se pueden contar mentiras evidentes, flagrantes, a las cuales no se pone coto ni rectificación.

Esta impunidad es particularmente grave. Las mentiras se van acumulando; en algunos países se depositan unas sobre otras durante años, y perturban su realidad de manera que resulta insuperable. Y ocurre que la mentira es fácil de descubrir y mostrar. Basta con enfrentarla con la verdad, con decir lo que ha ocurrido y ocurre, con ver la tergiversación o la ocultación de la realidad. Personas que tienen una vida pública, especialmente aquellas cuya personalidad consiste en eso, adquieren influjo, crédito y hasta a veces estimación porque no se muestra que su palabra es habitualmente vehículo de la falsedad.

Hay personas que cuando abren la boca -salvo para ingerir alimentos- mienten sistemáticamente. Bastaría con mostrarlo, tomar nota de ello, recordar lo que se debería decir en su lugar. Esto acarrearía el inmediato desprestigio, la imposibilidad de perseverar en esa actitud. El resultado final sería la eliminación de la vigencia del estado que la mentira provoca. Hace muchos años, a finales de 1945, recién terminada la guerra mundial, enumeré las posibles relaciones del hombre con la verdad; la última y más perniciosa era «vivir contra la verdad». Esto parece imposible y a la larga lo es, pero durante cierto tiempo puede tener validez y vigencia. Lo característico de esa actitud es que se acepta la mentira opuesta, se puede conversar o discutir con ella, pero nunca con la verdad. Durante la guerra civil se mintió enormemente, como en todas las guerras y muy particularmente en las civiles, y lo más grave e inquietante es que se sigue mintiendo. A veces, por personas que por fortuna para ellas no la vivieron y que no saben nada de lo que fue en realidad, pero que son «herederas» de posiciones falsas que han recibido y repiten pasivamente, lo cual impide la definitiva superación, la curación de aquel doble error funesto que hubiera debido quedar definitivamente superado hace largo tiempo.

Si cada mentira tuviera la respuesta fácil y elemental de su confrontación con los hechos, quedaría inmediatamente desvirtuada, sería inoperante y nada peligrosa. Pero esto no se hace sino muy excepcionalmente.

La profanación de las palabras es uno de los recursos habituales, se llama una realidad con una expresión que quiere decir otra cosa, y el oyente o el lector inadvertido acepta la falsedad sin darse cuenta. Un hecho importante de los últimos años, quizá de un par de decenios, es el envilecimiento del lenguaje. La grosería, el ascenso hasta la expresión normal, hablada o escrita, de vocablos y giros que hace poco tiempo no se oían, y por supuesto no se escribían, es un hecho notorio, cuyas consecuencias casi nunca se advierten. Es increíble cómo expresiones que han sido siempre graves insultos que no se toleraban, se han convertido por extraños mecanismos que no se entienden bien en elogios con los que se califica y ensalza cualquier cosa. Recuérdese el uso, elogioso y admirativo, de la palabra «capullo» hace unos decenios, y cómo se ha convertido en una radical descalificación.

Hay «prestigios» fundados en ese tipo de conductas, nutridos de la falsificación deliberada de lo real. Esto se puede evitar fácilmente: basta con señalarlo, mostrarlo y tenerlo en cuenta. Nada contribuiría más al saneamiento de la vida colectiva, a dejar abierto el camino de lo que es conveniente, a cerrar el paso a las formas solapadas de destrucción. Porque de eso se trata. Si se mira bien, se advierte que hay equipos enteros, bien organizados y con abundantes recursos, dedicados afanosamente a la destrucción. ¿De qué ? Habría que decir: de todo. El campo de aplicación es dilatadísimo; no se limita a las cuestiones estrictamente políticas, en las cuales es inevitable cierta dosis de partidismo; se extiende a todo lo que significa acierto, creación, excelencia. Marco Aurelio, el gran Emperador romano, recordaba con gratitud lo que había recibido de diversas personas; de su abuelo Vero el no haber sido «ni verde ni azul», refiriéndose al partidismo deportivo bizantino. Esta actitud de partidismo tiene consecuencias inmensamente mayores y virulentas en el deporte actual, pero se extiende a muchas más cosas.

Esta forma de perturbación a la que me refiero, la verbal, es el germen de otras más graves y perniciosas. Es la más fácilmente superable y a la vez aquella cuyo descubrimiento y mostración es más clara y evidente. Hay un viejo refrán español que dice que «por la boca muere el pez, y el hombre por la palabra». ¿Por qué no tomar en serio el acierto de esa expresión popular? ¿Por qué no exigir al que habla o escribe la responsabilidad de su palabra? Otras impunidades, jurídicas, económicas, políticas, son más resistentes. Casi todas ellas proceden de la verbal, y la superación de esta está al alcance de la más elemental perspicacia y de un mínimo de decisión y valentía.